

pierre teilhard de chardin

NUEVA YORK. 10 de abril de 1955. Las campanas de la Catedral de San Patricio anunciaban la Resurrección de Cristo cuando Pierre Teilhard de Chardin era llamado de lo Alto para reunirse con el Señor a quien venía rastreando a lo largo de millones de años. Descubridor del "*Sinánthropus*", no se limitó a exhibir sus fósiles en un museo. El Pasado le había revelado el Porvenir de la humanidad, y al término de ese porvenir divisaba a Cristo, punto Omega de la Evolución.

No fue simplemente un científico. Tampoco un teólogo de profesión, dedicado exclusivamente a la investigación del dogma. Es reclamado, sin embargo, por científicos y por teólogos, pero no siempre para orlarse con su fama.

Su vida fue una unidad. No dividió su tiempo entre los deberes de la fe y de la investigación. Cuando en las estepas del Asia se encontró sin pan, sin vino y sin altar, se levantó por encima de los símbolos hasta la pura majestad de lo real, y ofreció al Señor, sobre el altar de la tierra entera, el trabajo y la pena del mundo:

“Recibid, Señor, esta hostia total que la creación, movida por vuestro atractivo, os presenta en la nueva aurora. El pan, nuestro esfuerzo, no es por sí mismo, lo sé bien, sino una inmensa disgregación. El vino, nuestro dolor, no es todavía, ¡ay!, más que un brebaje disolvente. Pero, en el fondo de esta masa informe, Vos habéis puesto un deseo irresistible y santificante, que nos hace gritar a una sola voz, desde el impío hasta el creyente: “Señor, hacednos uno”.

¡Desde el impío hasta el creyente! Teilhard de Chardin abraza a ambos con una pasión que no es comprensible como simple componenda entre la fe y la incredulidad. Ha descubierto en el incrédulo del mundo moderno un inconciente adorador de Dios, porque es un apasionado de la Tierra y de la Evolución que presiona incansablemente hacia Cristo:

“A aquél que hubiere amado apasionadamente a Jesús, escondido en las fuerzas que hacen madurar la tierra, la tierra, al desfallecer, lo abrazará maternalmente en sus brazos gigantes y despertará con ella en el seno de Dios”.

Se ha insinuado maliciosamente que Teilhard se arrojó a una aventura de la que no podía salir bien parada su fe personal. Pero ningún crítico desapasionado, que conozca realmente su interior, podría hacer suya dicha calumnia.

Pero no es tan fácil de ser disipada la sospecha de un conflicto interior con la Orden a que pertenecía, ya que estas relaciones no trascendieron tan fácilmente la intimidad, por la humildad de Teilhard y por la prudencia que impone un cargo de gobierno que está a su vez subordinado.

A quienes lo imaginan a disgusto en la Compañía de Jesús, bastaría recordarles las palabras de Teilhard, con motivo del cincuentenario de su vida religiosa, en París, 1949:

“Si me encontrase de nuevo ante aquel 19 de marzo de 1899, con toda la experiencia adquirida y con la visión de lo que yo podría hacer en mi existencia, ¿qué

decisión tomaría? Lo digo con toda sinceridad y verdad: sería la misma". Y en 1940, había escrito, en Pekín: "Lo que se me pide, siguiendo mi línea personal, es esfuerzo por ser jesuita más a fondo".

La tarea que se propuso: orientar al mundo hacia el encuentro con Dios, no carecía de peligros. Estimó necesario inventar un nuevo vocabulario, con el que pudiera ser comprendido por los hombres de ciencia y por los que construyen el mundo. El entusiasmo que despertó entre científicos de las más diversas ideologías, nos da a entender que su tarea no fue en vano. Pero el nuevo vocabulario no resultó fácil de comprender a sus hermanos creyentes. Comenzaron los equívocos, las tergiversaciones y la desconfianza. Removido de la cátedra, alejado de Europa.

La novedad del vocabulario connotaba una novedad del pensamiento. No se trataba simplemente de modificar el sentido de las palabras y producir la confusión que es de imaginar. Teilhard buscó y encontró muchos conceptos nuevos, algunos verdaderamente fecundos, otros provisorios que él se proponía como hipótesis de trabajo hasta lograr expresiones más acertadas, de acuerdo a intuiciones personales. Y fue sorprendido, no sólo por la muerte sino ante todo por la opinión mundial, en medio de su trabajo. No dispuso de tiempo interior para escribir sus "*Retractaciones*", como San Agustín, o mejor, precisiones, pues la obra que emprendió superaba las fuerzas de un hombre. A él le correspondió iniciarla, otros deberán completarla, purificarla, fundamentarla en muchos aspectos apenas esbozados.

No pretendamos canonizar el pensamiento de Teilhard. El sería el primero en rebelarse ante esta idea, cuando toda su vida fue una intuición ascendente que se anulaba en parte a medida que se superaba. Y ofreció su intuición para que otros continuaran.

No exijamos de Teilhard lo que no podemos exigir de ningún genio cristiano: una ortodoxia total, absoluta, límpida. La historia nos enseña que ningún doctor de la Iglesia, que se haya entregado con todas sus energías a la investigación de la verdad, podría salir

enteramente airoso de un examen teológico objetivo. La Verdad debe ser buscada en la comunidad católica y no restringida al pensamiento de sus genios o doctores.

Tampoco podemos ser tolerantes con el error, por respeto a un gran personaje. No podemos callar por temor de perder una masa selecta de científicos que se acercan a Teilhard con simpatía. Sólo se nos pide que obremos con un gran sentido de responsabilidad, de acuerdo al más profundo espíritu evangélico, como fue comprendido por Ignacio de Loyola y consignado al comienzo de sus Ejercicios:

“Se ha de presuponer que todo buen cristiano debe ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla; y si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende...”

Ante los escritos de Teilhard, cabían, por parte de la Iglesia, dos actitudes extremas: condenarlo rotundamente prohibiendo la lectura de sus obras, o dejarlas libradas al criterio personal de los creyentes. La prohibición habría significado un retroceso a tiempos pretéritos, cuando la insuficiente formación de los fieles impedía que se pusiera en sus manos la Sagrada Biblia. Pero no decir una palabra podría equivaler a despreocupación de la Iglesia por la formación de sus hijos, pues poquísimos cristianos poseen la suficiente formación teológica como para poder calibrar una serie de expresiones ambiguas e imprecisas.

Pero el Magisterio Romano eligió un camino intermedio —uno, al menos, de los muchos intermedios—, y consideró que se debía prevenir a los creyentes contra los peligros de las obras de Teilhard. Y así el Santo Oficio publicó una Advertencia (*Monitum*) el 30 de junio de 1962.

La Advertencia no está dirigida directamente a los fieles, sino propiamente a los Pastores, Superiores de Institutos religiosos, Rectores de Seminarios y Decanos de Universidades. Ellos son los que deben orientar a los jóvenes, y no tendría sentido dirigirse directamente a éstos para que se autoorientaran, a no ser que se pretendiera la prohibición absoluta, lo que no se compa-

gina con el contexto. Este se ubica en un sentido eminentemente pedagógico y directivo.

Sería poco noble, por no decir poco auténtico, parapetarse tras el hecho de que la Advertencia no procede directamente del Papa, para burlar tranquilamente sus disposiciones. Los que sólo se someterían ante una declaración del Romano Pontífice, reclaman, quizás, por otro lado, una mayor aplicación del principio de subsidiaridad en el gobierno de la Iglesia.

Es, ciertamente, muy útil, tener presente la diversidad de grados en la autoridad a partir de los cuales pueda ser impartida una disposición jerárquica. Es superfluo recordar que no se trata aquí de una condenación dogmática infalible, ya que el don de la infalibilidad no es delegable por el Papa en funcionarios subalternos. Tampoco de un Decreto aprobado específicamente por el Papa (la condenación de Galileo fue aprobada por el Papa, sin constituir, por otro lado, un pronunciamiento infalible). Se trata de una advertencia realizada por aquellos a quienes el Papa ha encargado, en forma especial, de ayudarlo en la tarea de proteger y hacer madurar la fe de los creyentes.

Esta *Advertencia* exige de los fieles gran responsabilidad. No entregarse al pensamiento de Teilhard por pura moda, sino llevados de un auténtico deseo apostólico de continuar el diálogo entre la Iglesia y el mundo. Pide serenidad. No dejarse llevar de un entusiasmo que impida un juicio sereno y objetivo.

Se pide distinción entre la ciencia y la fe: "*Prescindiendo de la opinión que merecen los asuntos que se refieren a las ciencias positivas...*". La Iglesia tiene muy presente el caso Galileo y recuerda a todos sus hijos que los problemas de las materias exclusivamente científicas no pueden ser resueltos apelando imprudentemente a la Escritura o a la Autoridad de la Iglesia.

El Santo Oficio considera, con mucho sentido común, que no todos poseen la habilidad e intuición del P. Teilhard de Chardin para poder armonizar con la fe determinadas afirmaciones que, de acuerdo al sentido corriente de los términos, ofenden a la doctrina católica. Tal es lo que se desprende de un artículo sin firma aparecido simultáneamente en *L'Osservatore Ro-*

mano: Comentando las palabras de Teilhard: "Dios no puede definirse más que como un Centro de Centros. En esta complejidad se basa la perfección de su Unidad", observa el articulista: "Explícitamente, Teilhard da a estas palabras una significación coherente con su pensamiento, pero muy diferente de la acepción corriente y trata de explicarlas en un sentido que podría ser ortodoxo".

A quienes sostienen que, para Teilhard, el cristianismo viene a reducirse a un *epi-fenómeno* de la Evolución, a un efecto pretendidamente sobrenatural del dinamismo natural, se les podría replicar que, más bien, la Evolución es considerada como un *pre-fenómeno* del cristianismo. Sólo así se comprende el valor que asigna Teilhard a las fuerzas de la Evolución.

El término *Evolución* no puede ser entendido en Teilhard según el sentido materialista y anticristiano a que estamos acostumbrados. Ni siquiera, dentro de una visión cristiana, como el plano natural que precede a la irrupción de lo sobrenatural cristiano. Su fenomenología científica, ultrafísica pero que se distingue de la metafísica, abarca un proceso de mayor significación aún que el connotado por los términos de "*creación, conservación y providencia*".

Para Teilhard, la *Creación-Evolución*, según que se la considere metafísica o fenomenológicamente, no es un primer paso que "*antecede*" al fenómeno cristiano. Rechaza toda solución de continuidad entre creación y redención, o mejor, entre *Cosmogénesis* y *Cristogénesis*. La originalidad de Cristo no debería ser comprendida sólo a partir de su función soteriológica, sino incluso de su función cosmológica y antropológica. Cristo asciende a la Gloria arrastrando consigo toda la creación. O, desde un punto de vista más teilhardiano, Cristo aparece al término de una Evolución cuyo eje se condensa en una mayor complejidad, improbabilidad, cerebralización y libertad.

La visión de Teilhard es tan simple y tan compleja que las explicaciones precedentes podrían hacer pensar en un larvado panteísmo o pancristismo, como si el ser de Cristo se fusionara con las fuerzas de la Evolución. Es que su expresión sencilla y majestuosamen-

te poética se dirige a quienes todavía perciben las voces del cosmos, voces del pasado que nos revelan un porvenir. Su mentalidad científica se dirige a quienes están en contacto directo con el universo, sin prejuicios de sistemas prefabricados. Como ha escrito el P. De Lubac, *"Teilhard de Chardin es el testigo auténtico de Jesucristo que necesitaba nuestro siglo"*.

A pesar de sus limitaciones, ambigüedades y errores, inherentes a toda gran obra del espíritu, y mayormente en quien debe avanzar primero, Teilhard ha descubierto un nuevo camino por el que sea posible transitar de la Iglesia al mundo moderno. No es un sendero trillado ni fácil. Pero en un tiempo en que parecen clausurarse las posibilidades de apertura en uno y otro sentido, desde y hacia la Iglesia, no podemos dejar de explorar todo nuevo horizonte, con valor y prudencia, con angustia y esperanza, para que el mundo se sienta atraído, sobre el Eje de la Historia y de la Evolución, hacia la meta, que es Cristo. A El confesamos en el Credo. Pero el hombre moderno necesita, quizás, para poder acompañarnos, meditar previamente las palabras de Teilhard:

"Yo creo que el universo es una evolución

Yo creo que la evolución se dirige hacia el espíritu

Yo creo que el espíritu se acaba en la persona

Yo creo que la persona suprema es el Cristo universal".

LA DIRECCIÓN